

Aprendiendo **a hablar un mismo idioma**

Modera:

CARMEN PADILLA MONTOYA

Intervienen:

TERESA ABEJÓN PEÑA

ANTONIO MARTÍN PRADAS

PILAR BENEDITO CASTELLOTE

Introducción

CARMEN PADILLA MONTOYA
Museo del Prado

Si hacemos una reflexión histórica, todos recordamos cómo con el Humanismo renacentista se desarrolló un nuevo concepto de vida: el triunfo del individualismo. Cada artista quería ser diferente, quería trabajar aislado, quería tener su propio sistema y su propia individualidad. Desde entonces ha pasado mucho tiempo, pero ese ideal individualista todavía perdura entre los profesionales de los museos a la hora de desarrollar su trabajo. Hoy esta actitud ya no es viable; vivimos en una época en que la información y la comunicación nos bombardean continuamente con nuevos avances tecnológicos. Frases como “autopistas de la información”, “programas multimedia”, “mundo virtual”, para muchos ya nos son conocidas, para otros a veces aceptadas, y para muchos todavía no asimiladas.

Lejos queda ya la época, que muchos de nosotros hemos vivido, de la investigación ficha a ficha y dedo a dedo, en busca de una bibliografía. Un arduo trabajo que, a veces y sin exagerar, casi nos dejaba sin huellas digitales; horas y años para buscar. Hoy los avances técnicos permiten unos sistemas informatizados que nos favorecen y nos agilizan este arduo trabajo de búsqueda.

Sabemos que trabajar en el museo implica no sólo gestionar, estudiar y conservar sus colecciones, sino también implica comunicar. Y no sólo comunicar, sino también, y es muy importante, intercomunicar. Por lo tanto, ha llegado el momento de acabar con esta especie de Torre de Babel en la que muchos trabajamos de una forma aislada y con un lenguaje propio,

adaptado a cada caso particular. Nuestros esfuerzos deben ir encaminados a la búsqueda de un lenguaje común, a la búsqueda de una normalización de la información que nos permita comunicarnos no sólo entre nosotros mismos (permitiéndonos agilizar y avanzar en nuestros trabajos de investigación y de gestión), sino también comunicarnos con el exterior, para que el usuario que se acerca al museo se pueda beneficiar de este servicio público.

Durante estas Jornadas hemos estado hablando acerca de la utilización de unos procedimientos comunes y unos instrumentos de almacenamiento y recuperación de la información similares para documentar las colecciones de los diversos museos. Pero este esfuerzo de poco servirá si no buscamos la unificación en la expresión formal de los contenidos, de esa información que queremos compartir: la terminología.

Sobre esto quiero hacer también una reflexión a partir de mi propia experiencia. Sabemos la dificultad que hemos tenido los investigadores a la hora de esta intercomunicación de información. Muchas veces la catalogación y el estudio de las colecciones que tenemos en los museos ha implicado que cada uno hemos empleado un lenguaje, un lenguaje que era propio y personal, que no era común para todos. Esto ha supuesto ese caos que todos conocemos en las fichas de inventario y en las fichas de catálogo, en las que cada uno empleábamos denominaciones absolutamente disparas; por ejemplo, hoy todavía no nos hemos

puesto de acuerdo si una pieza se puede llamar *cuenco*, se puede llamar *bol*, se puede llamar *taza*, y cada uno seguimos empleando un lenguaje. Tenemos que intentar cambiar esta situación. Esto, que para otras áreas es absolutamente ilógico y no se entiende, por ejemplo en el mundo de las bibliotecas, sí que sucede en el mundo de los museos.

Centrándonos ya en la normalización de la información, probablemente el área en la que se está trabajando de modo más insistente hoy es la de la terminología. Prácticamente en todos los niveles y estamentos donde se trabaja con lenguaje científico se trata de normalizarlo, de buscar los vocabularios que permitan a los usuarios definir con claridad y sin ambigüedades los conceptos de cada ciencia, y lo que es más importante, el permitir la recuperación de la información. Se observa en este contexto la adopción de dos criterios alternativos que provocan un interesante debate entre especialistas y usuarios. De una parte la elaboración de simples índices analíticos, en los que prima la recogida enumerativa de términos; de otra, la ordenación documental en la que los términos se adecuan a una conceptualización científica.

En relación a estas tareas, podemos señalar que se ha estado trabajando desde hace mucho tiempo con la introducción de la clasificación decimal universal (CDU), por parte del Instituto Internacional de Bibliografía; igualmente, alrededor de los años 60 comenzaron a aparecer los primeros tesauros.

Genéricamente, el tesoro es un diccionario, una relación de términos ordenados alfabéticamente y referidos a un campo concreto del conocimiento. Las técnicas documentales han hecho de él un instrumento fundamental para el análisis de la información, al convertirlo en un lenguaje controlado y normalizado de términos aplicables en la indización de los documentos. Para decirlo de un modo más sencillo y directo, el documentalista recurre a los términos del tesoro cuando desea sintetizar el contenido de un documento mediante una serie de palabras clave. Al someterse a un proceso de normalización, la existencia del tesoro garantiza el empleo de un código común por parte de todos los analistas que se sirven de él; en definitiva, facilita la recuperación de la información, ya que también puede ser puesto a disposición del usuario. El lenguaje libre y espontáneo de los documentos, de los documentalistas y de los usuarios, es filtrado a través de un vocabulario controlado y aceptado por todos. La diferencia básica entre el tesoro y el diccionario clásico es que en aquél rara vez se ofrecen definiciones, y sin embargo las palabras y expresiones compiladas ponen de manifiesto relaciones de equivalencia, jerarquía y asociación entre ellas. Es decir, cada entrada de vocabulario no va acompañada de una definición, sino de otras palabras que pueden ser sinónimas de ellas, expresar un concepto mayor o menor, o bien guardar algún tipo de relación temática. Obviamente, para poder ser consultado con

facilidad, cada una de las anteriores posibilidades debe indicarse debajo de la entrada correspondiente mediante alguna clave.

En este área se han alcanzado en las últimas décadas algunos logros, muchos de ellos unidos a desarrollos de sistemas de catalogación informatizados en algunos centros museísticos, por ello relacionados con áreas temáticas específicas, y en otros con una cobertura más amplia, realizados por instituciones científicas al margen de los museos. Existe una abundante bibliografía publicada sobre tesoros, sobre todo de la última década.

¿Es factible establecer una terminología normalizada, lo que no quiere decir inflexible, que pueda ser utilizada en las diferentes áreas documentales de los museos? Evidentemente es más fácil en todos aquellos apartados que ya están regulados por procedimientos administrativos (formas de ingreso, tipos de movimiento de fondos, etc.); el mayor problema reside en todos aquellos epígrafes de contenido científico (denominaciones de objetos, contextos culturales, iconográficos...etc.), para los que es necesaria la creación y la adopción de tesoros u otros clasificadores temáticos.

Ante la situación general de la documentación en los museos, la Dirección General de Bellas Artes creó en 1993 la Comisión de Normalización Documental. Dentro del seno de esta Comisión se inicia en este año 1993 el Proyecto de Normalización Terminológica Documental, en el que participo en un área concreta de vocabulario, que es el mundo de la cerámica.

¿Cuál fue la finalidad de estos grupos de trabajo? Fue unificar las normas descriptivas y terminológicas de las diversas áreas científicas, técnicas y administrativas. Para mí, la mayor originalidad, lo que más aportamos en la creación de este tipo de terminologías o vocabularios, fue que por primera vez profesionales y especialistas de materias diferentes quisimos trabajar y colaborar en la ejecución y en la realización de estos vocabularios, de estas terminologías y jerarquías. Ninguno éramos especialistas en tesauros, pero si éramos especialistas en materias concretas; creímos muy interesante el que nosotros primero estableciéramos cuáles eran los términos aceptados, para después poder trabajar y comunicarnos con ellos. En este proceso se constituyeron unas áreas de vocabularios técnicos, que se dividieron en varios grupos: Arte gráfico (Estampa y Dibujo), Numismática, ya concluidos, Cerámica, a punto de ser terminado, Metalistería, Vidrio, Mobiliario, Textiles (Tejidos e Indumentarias), Escultura y Terminología Jurídica y Administrativa.

Después de estos años de trabajo y a la vista de los primeros resultados, sabemos la importancia que los vocabularios normalizados tienen como herramienta para las gestiones de las diferentes áreas documentales de los museos: la administrativa, la biblioteca y la científica. Pero como ya hemos apuntado anteriormente, las dificultades surgidas en su elaboración no han sido iguales. Así, hay campos cerrados con listas enumerativas de términos sin ampliación, como podrían ser los departamentos que forman un museo, las formas

de ingreso, los tipos de documento; hay otros vocabularios que podríamos denominar semiabiertos, con listas de términos que pueden ser ampliadas en caso necesario con nuevas aportaciones terminológicas; por ejemplo serían las clasificaciones genéricas, los contextos culturales, los términos geográficos, materias, técnicas e iconografía; y hay otros que están abiertos a continuas ampliaciones, como serían los nombres de los objetos. En estos tipos y variedad de vocabularios hay algunos en los que realmente existen problemas, y ésta sería una ocasión para poder debatir y hablar. Ejemplos de ello son los iconográficos, los contextos culturales, o la mezcla que a veces se produce entre materias y técnicas, ya que es difícil delimitar terminológicamente una materia cuya denominación implica un proceso técnico.

Sabemos que estos mismos problemas, u otros parecidos, tienen los distintos grupos que están trabajando sobre tesauros, unos dentro del área de museos y otros fuera del mundo museístico. Por lo tanto, ¿es lógico seguir trabajando de forma aislada o es el momento de iniciar una etapa de colaboración e intercambio de ideas y proyectos que propicien y faciliten la intercomunicación de información cultural y científica? Creemos que ha llegado la hora de iniciar estos contactos y colaboraciones.

Tenemos hoy en esta mesa a distintos compañeros que nos van a exponer sus propias experiencias, y con los que vamos a intentar buscar posibles vías de solución para los problemas concretos y para los retos que nos plantea un futuro no muy lejano.